

MARIA LUISA PALOP, PINTORA

Quizás no se ha tenido en cuenta debidamente la producción artística femenina. Ciertamente que muy diversas concausas, entre las que cuentan las específicas misiones de la mujer, que son algo —muchísimo— más que «sus labores»; la dificultad física de ciertos oficios plásticos, mayor cuanto más «plásticos», y, ¿por qué no reconocerlo?, algunos prejuicios sociales, vigentes ayer más que hoy, lo han impedido o dificultado.

No es éste el lugar de hacer historia de las mujeres artistas, ya constantes en piezas muy antiguas, desde la *Eude pictrix* de ciertas miniaturas del «Beato» de Gerona, del siglo décimo, y —siempre *ad exemplum*— a Margarita, hija de Juan de Juanes; a la escultora María Luisa Roldán, la *Roldana*, o a las pintoras extranjeras Rosalba Carriera, Elizabeth Vigée-Lebrun, Angélica Kaufmann, Rosa Bonheur, Mary Cassatt, «la dulce ninfa del impresionismo»; Berta Morisot, Eva González, la discípula de Manet; Marie Laurencin, Suzane Valadon, Kate Kollwitz, Magdalena Leroux, la escultora Ana Huntington, que donó a Valencia sus bronceos *El Cid*, de la plaza de Es-



«El búcaro negro»

paña, y *La antorcha*, del Paseo al Mar, como, entre las pintoras modernas españolas, la santanderina María Vale, Maruja Mallo, Rosario de Velasco, Amalia Avia, Carmen Laffon, María Antonia Dans, María Deperie, las no tan modernas Isabel Pascual-Abad Francés, alcoyana, y las castellanenses Elisa Belenguer y Matilde Segarra, como, en un círculo más cercano, las en Valencia formadas artísticamente, Antonia Fornés, Jacinta Gil, Concha y Amparo Palacios, Lola Bosshard, Dolores Marqués, Antonia Mir, Angeles Ballester, Encarna Clausell, Milagros Ferrer y tantas más, con las escultoras Carmela Mateu, Amparo Bolinches, Amparo Tuset, y no pocas más cuya omisión no supone nada, aparte falta de memoria.

Todo esto, y mucho más que queda involuntariamente sin precisar, nos lleva al caso de una pintora valenciana recientemente desaparecida, María Luisa Palop de Ramfrez. Así, cuando tenga el lector estas líneas en sus manos, hará algo más de doce meses que una de las mejores artistas del pincel valencianas, de las generaciones de *avant-guerre*, cumplió el curso de su vida mortal: en el último día de febrero del 73 entregó su alma al Señor de toda belleza, de esa belleza que ella, con sensibilidad y oficio, intentó captar y ofrecer en sus lienzos. Hija de la alta Benisa, que se encumbra a la sombra de su *Purísima Xiqueta*, en las lomas que, emulando a Ifach, abren definitivamente paso a las tierras bajas de la Marina alicantina, sintió muy joven la llamada del arte, que la armonía de aquellos parajes, en casi permanente primavera, le brindaba, con el mar y el peñón al fondo; cerca, los almendros en flor; no lejos, las cimas de Aitana y Puig-Campana; encauzando su vocación, primero en Stolz *senior* y pronto en aquella Escuela de San Carlos de los mil novecientos veinte y treinta, que vivía una de sus épocas más felices y fecundas, con tantos —no muchos alumnos todavía— que, eso sí, son ya casi todos historia viva en la época dorada del post-impresionismo.

Como por un destino singular, María Luisa Palop, que naciera entre muy distintas tierras del viejo Reino, había visto también la luz primera en un año límite, el de 1900 —en el primer día de mayo—, principio o fin de siglo según se vea, más bien lo segundo, y, por lo tanto, con una raicilla vital del XIX y un desarrollo formativo y productor durante una mitad larga del XX, pues sólo hasta entonces manejó habitualmente los pinceles.

De su valía, aparte el testimonio de las obras reproducidas, que tanto pierden sin color —una de ellas, *Cactus*, ilustró el catálogo de la Nacional de 1934—, habla una noticia personal e inédita, pues, como pre-

guntáramos al maestro Blanco Lon, en la Escuela de San Carlos, algo «antes del diluvio», por las alumnas pintoras, nos dijo sin dudar: «La mejor, María Luisa Palop... Esa, sí... Hay otras, pero ella va muy por delante...»

Han variado los tiempos y los gustos, muy nuevos caminos lleva el arte, hasta se pregona su ocaso; llevóse la fronda incivil a Antonio Blanco Lon, vinieron otras pintoras muy buenas asimismo, como las ya citadas, pero María Luisa Palop fue la «pionera», la adelantada si se prefiere, o una de las que pueden

tenerse por tales, y, al desaparecer —como pintora lo hizo mucho antes—, es justo este recuerdo, como lo es evocar aquella exposición de pintoras valencianas en el casal de Lo Rat Penat, mediando la década de los cuarenta, en la que pusimos cierto esfuerzo incluso físico, donde ella y otras acompañaron a ciertas firmas anteriores y señeras por su estirpe artística y su obra: las de María Sorolla y Carmen Benlliure, que encabezaban el singular y encantador conjunto.

FELIPE M.^a GARIN ORTIZ DE TARANCO